

## 0

Cuando los faros de su coche dejaron de iluminar el kilómetro 159,50 de la nacional 340, Alma Ollés todavía mantenía la esperanza de que aquella madrugada pudieran reunirse con las sombras del misterio. Conducía Emilio Quirón, un colaborador con el que trabajaba de manera ocasional, cuyo perfil *hipster* apenas podía contemplar en la penumbra que los rodeaba. Los ojos negros de Alma se clavaron en el espejo del retrovisor, mientras el cartel identificador del tristemente famoso camping de Los Alfaques terminaba de diluirse en esa noche fría, inhóspita y oscura que convertía el asfalto en una mancha negra, los árboles en siluetas inquietantes y los chalés del perímetro en sombras tenebrosas, gigantescas e irreconocibles.

—¿Qué hacemos, Alma? —le preguntó el conductor con esa voz cazallera, flamenca y envarada que transmitía una autoestima superior a su valía.

Su jefa le pidió seguir hasta San Carlos de la Rápita una vez más, antes de regresar definitivamente a Vinaroz, donde estaban alojados. Llevaban ya dos idas y venidas consecutivas por esa carretera y, comprensiva, asumió que su ayudante se encontraba fatigado. Con todo, miró a su alrededor de nuevo, cerró los ojos y trató de visionar el horror acontecido aquella tarde, treinta años atrás, cuando la monstruosa explosión de un camión cisterna cargado con veinticinco toneladas de propileno licuado se transformó en una bola de fuego, dolor, sinrazón y muerte que acabó con la vida de doscientas quince personas.

Hacía mucho frío fuera.

Radio Nacional emitía música alternativa que a ella le aburría. Sonaba tan tenue, sin embargo, que no le impedía concentrarse en sus sentidos. El sueño, consecuencia del desánimo, comenzó a hacer mella. Parpadeó para alejarlo. Cuando convenció a su acompañante para dedicar el fin de semana a investigar las presuntas apariciones fantasmales de bañistas sin rostro en ese trágico lugar, había tenido uno de sus presentimientos, así que estaba convencida de que iba a ocurrir algo. Pero, por lo visto, no iba a ser esa primera noche.

—Da la vuelta ya, Emilio, nos vamos a dormir. Mañana volveremos.

El Peugeot 307 giró tras dejar a mano izquierda el Camí de la Mestra, y enfiló de nuevo el trayecto de vuelta por la solitaria carretera. A pesar del sopor y la tranquilidad imperantes, apenas interrumpidas por el tenue soniquete de la radio, el sueño no venció a la investigadora. De nuevo en las inmediaciones del acceso al camping, el corazón de Alma se aceleró de pronto, comenzó a sentir una reconocible presión en las sienes y se vio obligada a permanecer alerta, callada, inmóvil en su asiento excepto la mirada, que barría la visión frontal de uno a otro lado igual que una cámara de vídeo 360°.

Emilio también se puso en guardia. No necesitaba haberla visto antes de aquel modo para sospechar que algo ocurría. No se atrevió a decir nada: redujo la velocidad, disimuló la tensión y aguardó el desenlace de lo imprevisible, cualquiera que fuera el modo en que se manifestase.

Habían recorrido media docena de kilómetros desde que abandonaron la periferia del pueblo marinero tarraconense cuando las luces largas del coche iluminaron, al borde de la carretera, una inesperada presencia femenina. El vehículo pasó de largo, junto a ella, algunos metros; el tiempo que le costó al conductor pisar el freno para detener el auto suavemente.

—¿Qué hacemos? —balbució, intranquilo, con las pupilas clavadas en el retrovisor que le devolvía esa imagen femenina inexplicable, con aquel frío y a esas horas de la madrugada, que caminaba hacia ellos, manteniendo los brazos pegados a su pecho y con una expresión indistinguible por la oscuridad—. ¿Quién crees que es, la chica de la curva? —Su inquietud crecía al tiempo que la mujer se aproximaba. Alma permanecía callada, girada sobre sí misma y mirando a través de la luna trasera con expresión ceñuda.

Fuera, la inesperada aparición caminaba lentamente hacia el vehículo. Despacio, pero sin vacilaciones. Conforme se acercaba, Alma empezó a apreciar mejor su aspecto: tenía el pelo largo, liso; arrasaba los pies al avanzar y parecía llevar una especie de túnica o vestido. La oscuridad le impedía ver su cara.

El chófer rompió el mutismo:

—¿Qué coño es eso?

Alma advirtió entonces que llevaba también un chaquetón de invierno, masculino, y botas de montaña. Quien fuera mantenía inclinada la cabeza, hacia abajo, como si tuviera miedo de tropezar con algo. Aquella imagen espectral no encajaba, desde luego, con las descripciones fantasmales que otros habían atribuido a aquella zona: familias de bañistas sin rostro ataviadas con ropas de baño, gorras con visera y cubos de metal, avanzando en perfecta línea recta, como flotando, por el linde de la carretera. Aquella presencia era diferente. Y continuaba acercándose en una posición extraña, con los brazos encogidos delante de su pecho. Con cuidado. Sin precipitarse.

—Pídeme que arranque ya, por favor. Dime que nos vamos...

Alma continuó, inmutable, su análisis visual. La aparición parecía llevar un bulto de ropa entre las manos, al cual dirigía su atención. Cuando los faros traseros la iluminaron, advirtió por vez primera los rasgos de su rostro: inexpresivo, cansado, lastimoso. No sonreía. No gritaba. No trataba de comunicarse, tan solo se acercaba.

—Vámonos, Alma, por tu madre; vámonos zumbando...

—No es un fantasma —dijo, por fin, la copiloto—. Desbloquee los seguros. Es una chica..., ¡tenemos que ayudarla!

El pobre Emilio continuaba al borde de un paro cardíaco. Si bien había empezado a acostumbrarse a trabajar con Alma, lo cual significaba perseguir lo misterioso, abrazar lo paranormal y estudiar lo incomprendible, llevar en el asiento trasero de tu coche a una desconocida con aspecto de chica de la curva no era lo mismo que conectar equipos para grabar psicofonías, colocar sensores de energía en edificios deshabitados ni editar los vídeos que la parapsicóloga publicaba en su web y en sus canales sociales.

El silencio podía cortarse con una palmatoria. La enigmática recién llegada se había sentado sin decir quién era. Miraba hacia abajo, al bulto que acurrucaba en su regazo. Ni siquiera había sido capaz de dar las gracias, de sonreír, de mirarlos a la cara...

—¿Cómo te llamas, cariño? ¿Qué te ha pasado, qué hacías ahí sola? —insistió Alma Ollés con tono suave, sin poder desviar su atención del agradable, aunque demacrado, rostro de la joven, que se mostraba tiznado de surcos lacrimosos y pequeños arañazos, al-

gundo de los cuales todavía sangraba. Su cara era ovalada, delicada; sus ojos inquietantes, redondos, de un color indefinido que ocultaba su mirada baja. Tenía los labios pequeños y carnosos, aunque también resecos y cortados. El pelo negro, lacio y aceitoso, se despelmaba a ambos lados de su abrigo de manera desdeñosa. Sus manos, pequeñas y nervudas, se movían suavemente como si fueran de niña. Sus uñas eran mínimas, de tan mordisqueadas y rodeadas de padrastros como estaban. Todo su aspecto transmitía una profunda indefensión, y le inspiraba ternura.

Pero Emilio Quirón no pensaba de igual modo. Estaba convencido de que, en cualquier momento, la chica desaparecería y, quién sabe si entonces, el coche que conducía con más preocupación que nunca se saldría de la carretera.

—¿Adónde te llevamos? —volvió a intentar Alma, armada de paciencia.

Fue entonces cuando la muchacha levantó la cara para dirigirle una mirada profunda, desubicada, de grandes ojos castaños y aprensivos:

—Llévanos a casa, por favor.

Poco después, en el mismo instante en que un coche de la guardia civil llegaba al punto kilométrico en el que la habían recogido por azar, la cabina del Peugeot 307 se vio sacudida por un grito infantil, inesperado y angustioso, al que siguió un llanto inconsolable similar a los maullidos de un gato amenazado.

# 1

La habitación que habían reservado en la pensión de Vinaroz era más acogedora que espaciosa. De planta rectangular, tras avanzar por el pequeño pasillo que se abría al baño y al armario, quedaban a la derecha un par de camas individuales con edredones en gama de naranjas, animados y ligeros, que armonizaban bien con el cabecero de pino macizo que las encuadraba. Había una marina muy bonita sobre este, enmarcada con un perfil barato, pero resultón, en color azul plomizo, a juego con la tonalidad de las cortinas. El cuarto olía a limpio. A la izquierda estaba el escritorio —también de pino—, el espejo, el minibar y, sobre sus cabezas, un televisor coreano. El escenario se les quedó pequeño en cuanto pasaron los cuatro. Quirón fue el primero, solícito y dispuesto: encendió la luz y avanzó hasta el fondo para dejar sitio a sus acompañantes. La chica aparecida se mostró, de nuevo, un tanto reticente a permitir que la ayudaran, pero terminó de decidirse a entrar cuando sintió el contacto inesperado, pretendidamente cálido, de la palma de la mano de Alma sobre su omóplato. Tras el respingo defensivo de la joven, Alma caminó tras ella, cerró la puerta y le pidió que se sentara en la cama.

—No podremos ayudarte si no nos cuentas nada. —Se esforzó por ser amable y cercana con la desconocida—. ¿Quieres avisar a alguien?, ¿necesitas cualquier cosa?

—Solo quiero regresar a casa —repitió la chica.

Poco más de media hora antes, tras el chillido infantil inesperado que les congeló el alma en el coche, Alma se había dado cuenta de lo que ocurría: aquel no era un quejido de ultratumba, un eco fantasmal, ni siquiera el producto de una imaginación calenturienta en una mente confundida. Aquel sonido era, simple y llanamente, el llanto de un recién nacido. Su madre reaccionó de prisa: se desabrochó el abrigo sin dejar de mecer al nene con la mano libre y se manipuló el vestido hasta que consiguió sacar un pecho, hinchado y

sonrosado por la leche retenida, con el que calmó al bebé en cuanto sintió el contacto del pezón en su boquita. El niño sorbió con gran vitalidad y el eco de sus llantos fue reemplazado por un chup chup intermitente, metódico, monótono, que sin embargo sonaba encantador.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Alma sin dejar de contemplar la pelona cabecita de la criatura.

—Jesús. Es hijo mío —se afanó en contestar como intranquila, como si hubiera un lado oscuro en su respuesta, que enfatizó abrazando al chiquitín aún más fuerte de lo que ya lo hacía.

—Es precioso. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Cuatro o cinco meses.

A Alma le sorprendió sobremanera su dual contestación. Ninguna madre de las que ella conocía se mostraba insegura al ofrecer ese dato.

La presencia del chiquillo relajó la tensión en el vehículo. Emilio Quirón comenzó a calmarse conforme transcurría el viaje y la desconocida continuaba allí, sobre el asiento de cuero, amamantando al pequeño. Las luces de Vinaroz empezaron a advertirse en la distancia, y como la muchacha aún no les había dicho quién era ni adónde deseaba ir, interpretó que lo normal era seguir hasta su alojamiento, donde podrían decidir con calma qué hacer después con ellos.

—Yo soy Alma. Y tú, ¿cómo te llamas? —volvió a intentar ella.

—Judith.

—¿De dónde vienes?

La chica permaneció callada, aunque relajó el incómodo silencio elevando a su retoño con dulzura y dándole unos palmoteos en la espalda para que eructara.

—¿No vas a decirnos nada? Vale, como quieras. Si no sabemos dónde vives no podremos acercarte a casa...

Emilio estuvo a punto de afearle la conducta por su callada actitud, pero consiguió morderse la lengua justo antes de que su jefa encontrara la manera de hacer reaccionar a la misteriosa pasajera:

—Muy bien, Judith, no pasa nada. Si no contestas tendremos que dejarte en el cuartel de la Guardia Civil, tal vez a ellos los dejes ayudarte.

—Jesús es mi bebé, no quiero que nadie nos separe —susurró ella intentando contener, sin éxito, el temor que la embargaba.

Venancio Remón y Juan Carlos Mantilla eran dos serviciales agentes de la Benemérita con expedientes, biografías y personalidades contrapuestas. Venancio era un picoletto de estirpe familiar, criado durante la época del plomo entre tricornios y estrictas medidas de seguridad por un padre tan arisco como admirable y una madre entregada en cuerpo y alma a su familia. Lucía un ridículo bigote demodé, de cerdas enhiestas blanquecinas, que pretendía emular el imperial mostacho de su admirado progenitor; una tripa oronda impropia de un servidor del orden público y una mala leche legendaria en la comarca, que lo mismo era capaz de encararse con media docena de jóvenes empastillados y achantarlos sin darles ni un sopapo, que de montar un escándalo en su bar preferido porque le habían servido un carajillo aguado o un cortado frío. Era, en cualquier caso, un agente honrado, leal y puntilloso, que amaba al Cuerpo más incluso que a su vida. La vocación benemérita, como el nombre, la había heredado de su padre. La de Juan Carlos Mantilla, sin embargo, se le suponía. Era un chaval solícito, sociable, divertido y muy mal estudiante que había encontrado en la Guardia Civil un oficio acorde con sus expectativas. Cumplía de buen grado, sin embargo, con sus obligaciones; aunque aspiraba a poco más que a escapar de su decadente pueblecito turolense y encontrar una muchacha guapa, cariñosa, con la que casarse. Aunque, mientras tanto, no desaprovechaba las oportunidades de ligar que le ofrecía su uniforme, y bebaba el néctar de las flores que encontraba en su camino sin ser capaz de comprometerse con nada, ni con nadie, que no fuera él mismo.

—No teníamos que haber venido.

—Vamos a bajar, Mantilla. El aviso decía que había una mujer abandonada. Debemos comprobarlo.

Venancio descendió del coche e iluminó a su alrededor con la linterna de la dotación, más allá de los haces de los faros, a un lado y otro de la carretera.

—Me da mal rollo este sitio —se quejó Mantilla, quien se aproximó a su espalda un tanto amedrentado—. Dicen que hay fantasmas.

—Supercherías —le replicó Venancio—. No digas bobadas.

Pero en realidad sabía mejor que nadie, después de tantos años en la zona, que un buen número de excompañeros de su confianza habían ofrecido testimonios y abierto diligencias de sucesos inexplicables en las inmediaciones del camping.

Profesional como pocos, en tensión y luchando por arrinconar el nerviosismo, inspeccionó a fondo la zona antes de volver al coche con su compañero.

—Avisa a la central de que no hay nadie —ordenó a su subordinado poniéndose al volante—. Hace falta ser capullo para dar un aviso falso como este.

Pese a todo, Venancio Remón condujo despacio por si localizaban a la mujer en el entorno.

Cuando llegaron al cuartel, estaba tan cansado que se durmió de un tirón hasta que llegaron unos inesperados visitantes.

Eran más de una treintena los testimonios recogidos de personas que aseguraban haberse encontrado, en los alrededores del camping de Los Alfaques, con figuras fantasmales de rostros calcinados, niños espectrales jugando al escondite, inexplicables sonidos de risas inquietantes y otros fenómenos incomprensibles. Algunos entendidos aseguraban, aplicando la teoría de la impregnación, que el dolor y el sufrimiento son dos sentimientos tan intensos que tienen la capacidad de permanecer anclados en ciertos lugares durante mucho tiempo. También había lugareños que contaban, solo ante los más cercanos, que allí se experimentaban sensaciones especiales, verdaderamente incómodas, como si se estuviera atravesando por una densidad anómala. Como si hubiera gente en el lugar sin descansar. Aunque es cierto que, en ocasiones, la psicología colectiva puede dar lugar a creencias o presuntas experiencias compartidas que, en realidad, nunca se producirían sin la influencia del grupo, ello no explica que forasteros desconocedores de la tragedia horrorosa de aquel camping, o de su ubicación, denuncien hechos similares en un mismo punto kilométrico. Ni que, a lo largo de los años, se hayan recogido numerosas diligencias de guardias civiles diferentes haciendo referencia a aparecidos itinerantes vestidos con ropa de baño alrededor del kilómetro 160 de la carretera nacional 340.

Fuera lo que fuera que ocurría en los alrededores del camping Els Alfacs, la mujer que se mordisqueaba el labio, recelosa, en la habitación de Alma Ollés y Emilio Quirón, y el bebé que acababa de dormirse, no eran un par de fantasmas, una alucinación ni un *egregor* de ninguna clase. Eran, eso sí, un enigma mayúsculo de carne y hueso que la pericia y la experiencia de la investigadora no conseguía, ni siquiera, empezar a desentrañar.

Desesperada, hizo una señal a su ayudante para que se acercara. Judith, la desconocida, los miró de reojo con aire de sospecha.

—¿Qué hacemos con ella? —le susurró Quirón, mesándose la espesa masa peluda de su barba.

—Sal fuera y dame un cuarto de hora antes de llamar al cuartelillo. Tengo la corazonada de que si nos quedamos solas tal vez me cuente su historia. Sea esta cual sea, me da que es algo gordo.

—¿Crees que ha secuestrado al niño? —se precipitó el barbudo.

—Lo dudo. Se ve al bebé muy seguro y tranquilo junto a ella. Solo hay que ver cómo mama.

—Entonces...

—Márchate, Quirón, voy a intentar averiguarlo.

## 2

La aventura continuó en el cuartelillo de la Guardia Civil. Alma y Emilio fueron invitados a acompañar a la autoridad, que en el primer momento tampoco fue capaz de arrancarle a Judith otra cosa que no fueran suspiros y expresiones de miedo. Como Venancio Remón apenas llevaba durmiendo un par de horas, y su sueño no había entrado todavía en fase REM, se levantó más despejado y calmado de lo que sus subordinados suponían. Con la eficiencia y la marcialidad que lo caracterizaba, asumió el liderazgo desde el primer momento y ordenó a Mantilla que comprobara el perfil de la recién llegada con los casos abiertos en España de desapariciones. También pidió que se estudiaran los archivos de maltratadores en la zona, así como si había alguna alerta sobre depredadores sexuales o tipos especialmente violentos. Antes de acudir a la sala en la que esperaban Emilio y Alma, se reunió con el agente Castañ, quien había recibido la llamada anónima que los había conducido a aquel punto kilométrico. El guardia no aportó más datos de los que había reflejado en el informe: describió una voz masculina, nasal, artificial y muy directa, que apenas hubo pronunciado su mensaje cortó la comunicación.

—¿Cómo está la mujer? —le preguntó a Mantilla.

—Callada. Centrada en su bebé. Es muy extraño: no parece especialmente asustada, pero los compañeros aseguran que reaccionó fatal cuando los vio en la pensión. Se acurrucó con el niño en un rincón del cuarto y hubo que arrebatarle al pequeño para que se moviera.

—¿Están bien ambos?

—Aparentemente sí, aunque la madre tiene unos pequeños arañazos en la cara y en las manos. Como si se los hubiera hecho andando entre vegetación. El niño parece que está sano. Pero, claro, hasta que no los chequee un médico...

—¿Y la pareja de testigos?

—Ella es la parapsicóloga esa tan guapa que sale en Telecinco.

Venancio Remón no hubiera mirado a un extraterrestre con menos cara de extrañeza.

Mantilla reaccionó a la defensiva:

—¿No sabes quién es? Es un pibón que sale algunas veces hablando de misterios y casos no resueltos. Y, al empezar la madrugada, presenta un programa de esos de videncia telefónica.

—Una aprovechada, vamos —terció, cortante, su superior.

—No lo parece. Siempre resulta convincente y muy sensata al hablar. Dedicaba mucho tiempo a investigar. —Carraspeó tratando de entender qué significaba la ceja levantada de su interlocutor—. El caso es que está trabajando en Los Alfaques para un libro, inspeccionaron la zona un par de veces y encontraron a la madre con el niño, casualmente.

—¿Y el otro?

—Es un barbudo ridículo, de esos que se creen modernos por llevar barbas antiguas. Pero no sé quién es, no le he preguntado.

—Ya veo que te interesaba más la chica —sentenció Venancio a medio camino entre la guasa y el zasca.

Se sucedieron los encuentros, las llamadas, las conversaciones, las reuniones y las investigaciones auspiciadas por Remón. El médico legal aseguró, tras un primer análisis, que la madre y el pequeño se encontraban bien, que no parecía haber indicios de agresión sexual y que la mujer mostraba síntomas de angustia. Sonaron los móviles, se cruzaron múltiples correos y la actividad adquirió un frenetismo inusual en una mañana como aquella. La aparecida se mostró nada dispuesta a la colaboración hasta que el agente la amenazó con encerrarla, quitarle la custodia del bebé y enviarlo a los servicios sociales para que le encontraran una familia de acogida. El guardia civil era un tipo colérico y, pese a sus numerosas cualidades, la paciencia no era una de ellas. Lo cierto es que, a partir de ese momento, la mujer cambió notablemente su actitud y todo fue más fácil.

Cuando Judith contó por vez primera su historia, uno de los agentes acababa de identificarla en otro caso abierto, y sus dos benefactores ya habían regresado a la pensión, después haber contestado a todas las preguntas, por lo que dormían a pierna suelta en sendas camas contiguas.

Alma Ollés era mucho más que una bruja mediática. Es verdad que se dedicaba a la videncia y al *show business*, como el simple de Mantilla

había recordado al verla, si bien su historia personal era bastante diferente a la de la mayoría de sus colegas. Alma desconoce si nació o no con aquel don, pero fue a partir de los cinco años cuando empezó a ser consciente de que, en ocasiones, sentía cosas inverosímiles y presentía noticias. Ella no llegó a saber, hasta más tarde, que era lo que los expertos de la parapsicología denominan una sensitiva. Y, desde luego, jamás llegó a pensar que se ganaría la vida de aquel modo.

En su juventud siempre fue buena estudiante. Se licenció en administración de empresas con una media alta y terminó su formación universitaria con ganas de comerse el mundo. Era joven, inteligente, segura y atractiva. Así que comenzó como becaria en una multinacional de bienes de consumo con la esperanza de iniciar, de aquella forma, una meteórica y sobresaliente carrera en el ámbito del marketing. Pero los contratos basura, la explotación laboral, las desconsideraciones y las jornadas abusivas se eternizaron de tal modo que decidió cambiar de aires, y lo hizo por completo, marchándose a Londres para perfeccionar su inglés e intentar abrirse un hueco en la City.

Le fue mejor allí.

Al cabo de unos meses había prosperado, e incluso firmó un contrato interesante para trabajar en el departamento de ventas de una marca líder del textil. Llegó a pensar que iba a echar raíces, se sentía bien en Londres, y su corazón se abrió al amor y al optimismo. Entonces tuvo aquel problema personal del que jamás hablaba, todo se torció y estuvo a punto de caer en una profunda depresión. Por fortuna consiguió reaccionar antes de la locura, gracias al apoyo de una gran compañera de piso y mejor amiga, que la sacó casi a la fuerza del Reino Unido para devolverla a casa. Y como Dios escribe recto con los renglones torcidos, aquella huida a la desesperada se convirtió en un punto de inflexión en su destino. Por necesidad, para ganar algún dinero con el que poder volver a independizarse de casa de sus padres, se dedicó a predecir el porvenir en algunos mercadillos medievales y descubrió que tenía la labia suficiente para sonar convincente. E incluso, en ocasiones, era capaz de percibir sensaciones de algún tipo a partir de las cuales acertaba al enfocar sus predicciones. ¡Lástima que no pudiera controlar a la carta esos presentimientos! Simplemente aparecían. De repente. Era incapaz

de buscarlos, pero había aprendido a reconocerlos. Por eso no fue solo suerte cuando al ser entrevistada por un polifacético reportero de televisión, en el parque del Retiro y al tiempo que se concentraba en una bola de cristal, anunció que la selección española iba a ganar el mundial de Sudáfrica gracias a un gol de Iniesta, marcado contra Holanda casi al final de la prórroga.

Alma lo había visto en sueños, de una manera vívida y precisa, memorable, algunas madrugadas antes. Delante de la cámara lo predijo con naturalidad y simpatía, y aquel hecho casual, tras confirmarse al cabo de unos meses, la convirtió en un fenómeno viral muy productivo.

Es sabido que la suerte empieza en el lugar exacto donde coinciden la oportunidad y la preparación. Y como ella tenía formación, experiencia y talento para el desarrollo empresarial y el marketing de consumo, supo aprovechar la coyuntura y transformó el nombre de Alma Ollés en una marca emergente.

Aunque no estaba del todo satisfecha con su actividad profesional, excepto en lo económico, había decidido mejorar, ampliar conocimientos y esforzarse en incrementar su habilidad contactando con los más cualificados —Paloma Navarrete, Iker Jiménez, Clara Tahoces y Carmen Porter entre otros— para aprender de ellos. Así, se había incorporado al Grupo Hepta y había sabido aprovechar su popularidad para aumentar su capacidad profesional, su buen juicio y su solvencia... a la par que sus ingresos.

La historia que contó resultó vacilante, inconsistente, repleta de contradicciones. Se identificó como Judith Vivanco López. Nacida en Calatayud y residente en Zaragoza. Estaba soltera, tenía veinte años y trabajaba en una conocida cadena de moda. Hasta ahí, la información coincidía con el expediente digital que habían enviado sus colegas. También dijo que se encontraba bien, algo cansada y preocupada por su niño, e insistió en que quería regresar a casa de sus padres para recuperar su vida y poder cuidarlo como se merecía. Añadió que sus progenitores eran algo estrictos, pero que se llevaba bien con ellos. E inquirida por Venancio Ramón, aseguró que sus padres no sabían nada todavía sobre su embarazo, pero que estaba deseando ponerlos al corriente.

Cuando el guardia civil le preguntó cómo y cuándo había llegado a Los Alfaques, contestó que él la había llevado allí en su coche. Pero en cuanto el agente, poniéndose en tensión, intentó que le explicara a quién se refería, la declarante se negó a decirlo. El agente le preguntó de qué lugar venía.

—He estado secuestrada varios meses —añadió de una manera insensible, como si se estuviera refiriendo a haber estado conviviendo en casa de unos amigos, de vacaciones en un apartamento alquilado o de regeneración en un spa. Remón hojeó con rapidez la carpeta que incluía el informe sobre su desaparición y comprobó la fecha de la denuncia: 15 de abril de 2015. Hacía más de un año.

—¿Quieres decir que has estado retenida contra tu voluntad durante trece meses?

—Retenida sí. —Lo complicó aún más todo—. Pero no contra mi voluntad. Bueno, al principio sí, me costó un poco. Pero luego lo comprendí todo. Ha sido muy bueno con nosotros. Mi hijo se va a quedar conmigo, ¿verdad? —Recuperó la obsesión y repitió la cantinela que a Remón, lejos de incomodarlo, le permitió reflexionar sobre su testimonio.

—Descuida, vas a cuidar a Jesús. Pero tienes que decirnos cómo se llama ese hombre.

—No pienso hacerlo. Ha sido muy bueno —insistió Judith.

Tampoco quiso contar dónde había estado, ni a qué hora habían llegado a los alrededores del camping ni cuánto tiempo había tenido que esperar hasta que la recogieron. Tan solo comentó que, antes de marcharse, él le entregó su abrigo —lo cual le hizo pensar a Venancio que habría que solicitar el análisis científico de esa prenda— porque refrescaba más de lo previsto. Añadió, además, que nunca tuvo miedo, ni siquiera cuando se quedaron solos en medio de la noche en aquel lugar perdido, porque él le aseguró que pronto pasarían a buscarla, y ella confiaba ciegamente en su palabra.

Entonces... comenzó a llorar.

Se derrumbó como las Torres Gemelas durante el 11-S. Venancio le tendió unos pañuelos de papel y salió a buscarle un chocolate caliente de la máquina, el cual le templó el ánimo.

Una vez recuperada de su crisis, y por mucho que Remón le preguntó, ella continuó negándose a decir el nombre de su secuestrador, el lugar del cautiverio o cualquier otro dato que pudiera

incriminarlo. Volvió a asegurar que los trataba bien y, por fin, aportó un detalle adicional interesante cuando comentó que la instaló en una habitación aislada, pero que al nacer Jesús ella se tranquilizó, se portó bien, entró en razón y, como recompensa, les permitía subir a casa en numerosas ocasiones.

Interrogada al respecto por Remón, Judith negó con verosimilitud que ese hombre fuera el padre de la criatura.

Pero a continuación también rehusó de nuevo desvelar su nombre, lo que obligó al guardia civil a considerar que tal vez pudiera estar mintiendo.

—¿Qué va a pasar con nosotros?

Como en realidad aquella mujer no había hecho nada malo, excepto callar por miedo, protección o lo que fuera, no procedía retenerla. Así que le explicó que estaban intentando contactar con su familia, y que le aconsejaba permanecer en el cuartel hasta que sus padres llegaran.

A Judith le pareció adecuado.

Y por primera vez, quizás porque entendió que lo peor ya había terminado, entornó los ojos, parpadeó y se quedó traspuesta, olvidándose por un instante de que Jesús no estaba entre sus brazos.

Alma Ollés no era, en realidad, una periodista, pero había aprendido a comportarse como si lo fuera. A fin de cuentas, era también una investigadora, aunque de un tipo distinto. No conseguía quitarse a Judith de la cabeza... ni, sobre todo, lo que había presentido cuando se quedó a solas con ella. Había cambiado su interés: en aquel momento, los aparecidos espectrales del camping le interesaban mucho menos que los físicos. Emilio Quirón, por otra parte, se encontraba enfurruñado. Enfadado, porque su imaginación le había vuelto a jugar una mala pasada, ya que había interpretado erróneamente las intenciones de Alma en relación con su persona. Cuando le pidió el favor de acompañarla a la costa y compartir su habitación para ayudarla en la documentación para su libro, su vanidad le hizo creer que ella ocultaba, en realidad, algún tipo de intención sexual que a él le encantaba. Habían bastado un par de días para constatar su error, y no estaba seguro de haber logrado disimular sus expectativas sin que se diera cuenta. «Qué vergüenza —pensó—, estoy haciendo

el ridículo como un adolescente». Emilio Quirón también estaba aburrido, lo cual fue, probablemente, la antesala del mosqueo. Porque cuando tenía tiempo hueco le daba por pensar y, cuando lo hacía, siempre se hería a sí mismo. Y en ello estaba.

Se había cansado de dar vueltas por las inmediaciones de la pensión y no sabía si debía sentirse o no preocupado por la ausencia de Alma. Había desaparecido a primera hora del día: cuando él se despertó a eso de las nueve, ya no la encontró en su cama. Era casi mediodía y no sabía nada de ella. Ni una llamada, ni un triste *whatsapp*, nada de nada.

—Si yo fuera el sensitivo lo tendría todo claro —se vaciló a sí mismo sin conseguir animarse.

Volvió a llamarla una vez más. Y al fin, ella, displicente, le respondió de un modo esquivo:

—Estoy trabajando, Quirón, tengo una cita. Te llamo en cuanto pueda.

Y colgó sin darle tiempo a hablar, dirigiendo una vez más la nebulosa de su desazón desde la razón al sentimiento.